

## EL VII CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

*Por Augusto Tamayo Vargas*

*Discurso pronunciado en el acto de Clausura del VII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española.*

Cábeme la satisfacción profunda de representar a mis colegas de los países hispanoamericanos para expresar emocionada gratitud a nuestros hermanos de la Academia de Chile por el amical y espléndido hospedaje brindado en la realización de este VII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española al que hemos dado feliz término.

Pero al mismo tiempo, como Miembro de Número de la Academia Peruana de La Lengua, debo manifestar mi más efusivo agradecimiento a todos los congresistas por haber designado como Sede del próximo certamen a la ciudad de Lima, donde desde ahora se apresta a recibirlos esa institución nacional del Perú, que tiene sobre sus espaldas el peso de una tradición cercana a la centuria. Toca ahora a mi país recoger este rico presente que nos ofrece el Congreso de Chile. Sucesivamente en 1885 y 1887 se fundaron

las Academias de Chile y del Perú, las que en consecutivos congresos ofrecerán en estos años, a sus congéneres, aspectos culturales hispanoamericanos del Pacífico Sur.

Ya sabemos que Andrés Bello fue el primer Académico Correspondiente de la Academia Española de la Lengua en Chile y que poco después lo sería en el Perú Felipe Pardo y Aliaga, cuya poesía y prosa tenían resonancia de Lista y de Larra; y, que unido, a los escritores chilenos por un exilio político, gozó de las facilidades para imprimir en Santiago "El Intérprete" que combatía, con razón o sin ella, un régimen establecido en el Perú. Hasta Valparaíso llegaría, después, en 1860 Ricardo Palma amparado en la hospitalidad que le brindaba Chile, al acogerse al Derecho de Asilo.

Al igual, políticos chilenos fueron recibidos fraternalmente en el Perú de entonces.

Palma cumplió en Valparaíso y Santiago una reconocida tarea literaria, depurando algunas de las tradiciones peruanas ya publicadas en Lima, despojándolas poco a poco del inicial sentido romántico-histórico para entrar en una literatura más realista que llevaba dentro de su jugosa picardía, en admirable simbiosis, la vena clásica española y el coloquial lenguaje popular peruano de su época. Tradiciones que publicaría en "La Revista del Pacífico", al igual que poesías y artículos basados en su encuentro con Chile: —"Efusión en el Cerro Alegre de Valparaíso"—; y con sus hombres— como Vicuña Mackenna o Guillermo Matta o Guillermo Blest Gana, citado en el ensayo sobre la doliente y trágica poetisa ecuatoriana Dolores Veintimilla. La "Revista del Pacífico", era en cierto modo una respuesta a la creación del "Círculo de Amigos de las Letras" y la "Sociedad Amigos de la Ilustración", y mereció los elogios de José Victorino Lastarria, quien señaló a aquella publicación como "representante del movimiento literario" chileno. Fue Ricardo Palma fundador y Primer Director de la Academia

Peruana de la Lengua correspondiente a la Española, como lo había sido un año antes Victorino Lastarria de la Academia Chilena. Y uniendo esos dos nombres tenemos algo así como los arquetipos de nuestros dos centros Académicos de la Lengua, entendiéndose que en ambos países habían existido preliminares Academias: “de Letras y Ciencias” en el Perú de los románticos del sesenta; y de “Bellas Artes” en el Chile que pasaba del romanticismo a cierto positivismo realista de la década del setenta. Y en ambas instituciones precursoras figuraron, asimismo, Palma y Lastarria o Lastarria y Palma. Aunque ambos fueron de pensamiento liberal y positivista, de temperamento literario volteriano, Lastarria fue combativo y radical en su actitud, en tanto que Palma realizó su crítica con socarronería y pícaro intención. Fue la estada en Chile de Ricardo Palma, como ya se ha dicho por críticos peruanos, algo más que el exilio. Al igual que con Rubén Darío, le ofreció este país una como incitación a la renovación en su formación literaria; y, además el roce con una apreciable cantidad de escritores no estrictamente compatriotas, pero sí identificados con la cultura hispanoamericana común. Como dice Edith Palma; “La experiencia de Chile —el conocimiento de sus instituciones organizadas y progresistas— fue la primera fase en la formación de su espíritu, así como el viaje a España, en 1892, es decisivo para la madurez definitiva del escritor”.

No sé porqué al ver el retrato de una dama —la hermosa “perezosa”— de Monvoisin, en el Palacio Cousiño, en la perfección sensual de su figura, me he acordado de los versos que dedicara Palma a Ventura Silva de Cunich y que insertara Feliú Cruz en su erudito libro “En torno de Ricardo Palma”. Tal vez porque esa bella mujer fue alumna del pintor Monvoisin, o si porque la búsqueda de la belleza en la realidad se hace patente en el arte, que era lo que buscaba Palma. Por eso, más allá de un mero artificio, Pal-

ma buscó en sus tradiciones una expresión de su tiempo partiendo por refracción, como en espejo cóncavo, de un pasado que risueñamente se nos ofrece.

“Has tocado a la puerta de un hermano, dice en carta a Guillermo Matta, fechada en Valparaíso, el 17 de abril de 1862”. “Le has pasado la palabra América, y el peregrino abandona su laúd enlutado para buscar en su alma, donde resonó el eco de tu entusiasmo, un himno que llame a la unión a nuestras nacionalidades, trabajadas por el egoísmo y la traición de unos pocos. Tienes razón joven bardo. La poesía, en estos momentos supremos en que se rifa la suerte de un continente, está obligada a llenar su misión. Acabas de colocar tu rica ofrenda en el altar de la democracia. Tus versos, amigo mío, me han recordado el deber que para nuestra América tenemos los que hemos sido favorecidos por Dios con el sentimiento y la inspiración del poeta. Bendigamos el misterioso y armónico lenguaje de la poesía, que no sólo sirve para derramar una gota de consolación dulcísima en la hiel de todas las amargas, sino que es arma que en las horas de lucha y transición podemos emplear para uniformar las ideas del pueblo. Si alguna vez cantan los poetas angustias que sólo a ellos atañen o interesan, tiempo es de dar tregua al dolor de la personalidad, no para llorar como el profeta sobre las ruinas, sino para pronunciar palabras de esperanza que hagan brotar la fe en las almas débiles y descreídas. Aguila real del porvenir, también es el poeta un abnegado y modesto obrero del presente”.

Ese sentimiento de americanidad —sin desmedro de un peruanismo crítico y devoto—caló hondo en Ricardo Palma y sobrevivió a las horas más turbias, a los momentos más difíciles. Y siempre tuvo a mano, para citar entre sus páginas, nombres como los de Vicuña Mackenna o de Guillermo Matta —a quienes dedicara sendas tradiciones—, para hablar de los de Chile, y este nombre de país de la cultura hispano-india-americana, aparece citado 103 veces en sus “Tra-

diciones Peruanas". Claro que muchas veces lo recuerda dentro del Virreynato del Perú, al referirse a Superunda o a Amat; y habla así de personajes que pasaron por uno u otro "reino", de las épocas virreinales, por uno u otro país de la etapa republicana, pero en todas acude como a región ligada al Perú por destinos históricos, por caminos similares de la cultura, al igual que lo hará con los demás países hermanos de una América que él sabía tan estrechamente unida por algo esencial que es la lengua común. Esa lengua de la que se siente participe y en la cual trabaja, como se desprende de su carta a Manuel Tamayo y Baus, cuando recibe la designación y el diploma de Académico Correspondiente. Y repetirá en un artículo titulado "Charla de viejo": "De ese hartazgo de lectura castellana nació mi ya incurable chifladura o apasionamiento por la lengua de Cervantes". Pero a la vez hay en él un sentimiento común que lo lleva a sostener la necesidad de cumplir con aquello que ya dijera Horacio, que el uso es la suprema ley del lenguaje; y que hay constantemente que enriquecerlo con palabras nuevas extraídas del venero popular de cada época y de cada región; y de que es "quimérico extremarse en el lenguaje, defendiendo un purismo o pureza más violada que la Maritornes del Quijote". "Hay que convencerse que la revolución en el lenguaje es una imposición irresistible del siglo XX, pues, como dice Miguel de Unamuno, catedrático salmantino —añadía Palma— *vinos nuevos no son para viejos odres*". Es curioso como Palma comparte su afición "por lo antiguo", por el rico y espléndido alimento de los clásicos, por el ingenio de la picaresca, que tanto cuadra a su carácter, por el sabor del romancero, con el incremento de voces que respondan a una necesidad de la expresión y que brotan, al cultivo del coloquio, al improntu de una frase callejera, en las cosas que hablan las mujeres en la cocina, como lo decía el Marqués de Santillana; en una leyenda; en el caminar de la palabra de pueblo en pueblo, como pere-

grino que va recogiendo sin querer el polvo de tantos senderos.

Su constante preocupación por que la Academia de la Lengua recogiera algunos americanismos o más propiamente en su caso, peruanismos, no estaba sin embargo, ni mucho menos, en la posición de un atrabiliario reformador de la lengua, sino en un ordenador de una lexicografía que debía buscar definitivos cuños en el castellano, como llamábamos por tierras americanas del sur al idioma español.

Y allí encontramos a Palma como un exponente palpitante de la cultura hispanoamericana, que tiene su primer hito en la figura del Inca Garcilaso de la Vega, quien habla en castellano de su ternura y de su historia indiana y que da a las voces del viejo e imperial quechua del Cusco un lugar entre el sonoro y rico material lingüístico español de sus "Comentarios Reales". Es esa misma cultura que llega en el Perú hasta Pardo y Aliaga y hasta Ricardo Palma, cargándose las aguas con las piedras y la tierra del cauce. En esas aguas culturales, y desde las orillas, podrán contemplar sus rostros reflejados, hermanos académicos, cuando estén con nosotros en Lima.